



El medio ambiente nos está llevando a un punto de inflexión. La propia Tierra corre el peligro de ser consumida.

VISIONES PROFÉTICAS

Oswald Spengler ante la decadencia de Occidente

VALORES La forma de frenarlo sería la aparición de un nuevo cesarismo.

Francisco Cabrillo

Mucho se ha debatido sobre cuál es el auténtico motor de la historia universal, es decir, el agente que determina por qué se producen, a lo largo del tiempo, los grandes cambios que experimentan nuestras sociedades. Y la elección de un factor u otro no es neutral. Si, por ejemplo, consideramos que el motor de la historia es la lucha de clases, tendremos argumentos para defender el enfrentamiento social, que será el instrumento que nos lleve hacia el progreso. En esta forma de entender la historia, el triunfo del proletariado frente a la burguesía significaría la llegada a una nueva fase más avanzada de nuestra civilización; y su derrota, en cambio, supondría un freno al progreso.

Algo similar podríamos decir si pensamos que la clave del devenir de la humanidad es la lucha de razas; y, concluir, por ejemplo, que la mezcla de las razas superiores con las inferiores tendría como resultado la decadencia de la civilización. Sería posible también creer que este papel lo desempeña la lucha entre las diversas religiones. Y podríamos pensar, por fin, que el devenir de la humanidad viene determinado por la evolución de culturas enfrentadas, desde sus primeros desarrollos a su madurez y su final decadencia.

Oswald Spengler vio así la historia y anunció que nuestra cultura occidental había llegado a la última de sus fases y se encaminaba hacia su extinción. Los viejos ideales de nobleza y cultura estaban desapareciendo, en su opinión, y eran sustituidos por los valores del mundo mercantil; y las élites tradicionales eran desplazadas por una multitud masificada, de la que muy poco se podía esperar. La única forma de frenar tal derrumbe social sería la aparición de un nuevo cesarismo, que restableciera los antiguos valores y permitiera a las élites tomar de nuevo el control de las naciones de Europa.

Spengler nació en la ciudad alemana de Blankenburg en 1880. Su formación académica fue peculiar, ya que siempre creyó en las ventajas de ser un autodidacta para sustraerse al conformismo que la educación reglada generaba. Se doctoró en filosofía en Halle. Pero, siguiendo la tradición alemana de la época, se interesó también por cuestiones tan diversas como la biología y la tecnología, lo que influyó, sin duda, en su obra, ya que de estos estudios tomó



Spengler nació en Blankenburg (Alemania) en 1880 y falleció en 1936, por lo que no podemos saber cómo habría interpretado la experiencia del nacionalsocialismo y la Segunda Guerra Mundial.

Consideraba que el devenir de la humanidad estaba determinado por la evolución de culturas enfrentadas

Fue tentado por los nazis para colaborar con ellos, pero Hitler nunca le pareció la persona adecuada

seguramente la idea de interpretar las culturas como organismos vivos, que evolucionan con el transcurso del tiempo.

En 1918 publicó Spengler el primer volumen de su obra fundamental por la que ha pasado a la posteridad, titulada *La decadencia de Occidente*, un libro que completaría con un segundo volumen cuatro años más tarde. Como otros pensadores alemanes, tras el desastre de la guerra y la derrota, orientó su visión política hacia posiciones no sólo conservadoras, sino también claramente antidemocráticas, en la idea de que un sistema liberal y parlamentario sería una pobre solución para una crisis tan grave como la que enfrentaba la nación. Y, como otros pensadores nacionalistas y conservadores, fue tentado por los nacionalsocialistas para colaborar en su proyecto cultural; lo que habría supuesto para él, entre otras cosas, una cátedra en la universidad de Leipzig. Pero rechazó estas propuestas y fue crítico

con Hitler, en quien nunca llegó a ver la figura del César que podría dirigir al país y a su cultura hacia la regeneración. Falleció Spengler en 1936, con sólo cincuenta y cinco años, por lo que no podemos saber cómo habría interpretado la experiencia del nacionalsocialismo y la Segunda Guerra Mundial.

Aunque la obra de Spengler sólo se puede entender plenamente en el marco cultural, histórico y político de la época en la que se publicó el libro, el tema de la decadencia de Occidente frente a otras formas de civilización ha sido una constante a lo largo del último siglo. Y sigue presente en los debates actuales sobre la nueva potencia de China o el cada vez menos relevante papel de Europa en el contexto mundial. La vieja cultura elitista de nuestro continente parece abocada a desaparecer. Los optimistas piensan que Europa sobrevivirá no por su propia capacidad de desempeñar un papel relevante en el mundo sino por haber transmitido su ciencia y su cultura a la mayor parte de los países hoy existentes. Los pesimistas, en cambio, ven el surgimiento de nuevas formas de civilización que no serán ciertamente las europeas y en las que difícilmente podrán sentirse integrados. Creo que, si hoy pudiéramos discutir este tema con un Spengler revivido, el viejo pensador alemán se alinearía claramente con esta última posición.

Catedrático de Economía de la Universidad Complutense Fundación Civismo

mo él mismo reconoce. Los boicots al azúcar o las campañas contra compañías concretas, no serían comparables a que los compradores redujeran el gasto en masa, dado que el consumo personal representa el 68% del producto interior bruto en EEUU. El desplome de la actividad económica que siguió a los confinamientos por la pandemia nos dio pistas de lo que podría ocurrir.

MacKinnon lleva a cabo un experimento mental: imagina que el gasto de los consumidores cae un 25%, lo que, según afirma, sólo haría retroceder el reloj una década. El autor se embarca en una gira mundial para hablar con las personas implicadas en el fenómeno, entre las que se incluyen algunos genios empresariales que piensan a lo grande en el circuito de conferencias. Entre ellos, Paul Dillinger, vicepresidente de innovación global de Levi Strauss, que lleva varios años sin lavar sus vaqueros, pero “los refresca con chorritos de vodka”. Dillinger declara que su industria se “apoya en el consumo innecesario”. Tiene sentido que Levi’s difunda la idea de que se pague más por menos vaqueros de marca, ya que ocupa ese segmento.

El defensor más ingenioso del anticonsumismo es Patagonia, la empresa de ropa que en 2011 puso un anuncio en *The New York Times* para el Black Friday que decía “No compre esta chaqueta”, detallando el impacto medioambiental que suponía fabricarla. Las ventas aumentaron. “El universo de Patagonia es el de la camaradería y los logros en lugares auténticos, poblados por personas en buena forma que encarnan palabras como alma y espíritu”, escribe MacKinnon. Algunos también encarnan palabras como rico y banquero de inversiones, por lo que pagar mucho por el equipo de senderismo ecológico parece una compensación personal a las emisiones.

Veblen habría reconocido a Patagonia. El consumo ostentoso ha llegado a identificarse con los excesos llamativos, pero Veblen se mostró

igual de despectivo con el consumidor orgánico de su época en *Teoría de la clase ociosa* (1899). El autor satirizó el movimiento Arts & Crafts, considerando su creencia en la artesanía como un triunfo de la búsqueda de estatus sobre la utilidad. “Las imperfecciones visibles de los bienes hechos a mano, al ser honoríficas, se consideran marcas de superioridad... De ahí ha surgido esa exaltación de lo defectuoso”. Pero Veblen abordó la psicología del consumo, no su impacto medioambiental. Los fieles a Patagonia y los que comen hamburguesas elaboradas a partir de plantas o viven en casas de madera, presumen tanto como los que conducen Ferraris, pero ¿es positivo en términos netos para el planeta? Como dice MacKinnon, una huelga de consumidores de la magnitud de la grave recesión sufrida por Finlandia a principios de la década de 1990 sería nefasta, pero es poco probable.

Fetichismo de la mercancía

Karl Marx tenía un término para definir la relación con lo que adquirimos: fetichismo de la mercancía. “Las personas sueñan con cosas o se imaginan a sí mismas a través de ellas”, escribe Skotnicki. Pero los bienes pueden ser compañeros poco fiables. “En las tiendas de muebles, me invade un deseo extraño e inespecífico. Quiero todo y nada”, escribe Biss en *Having and Being Had*. Y, aunque fantasea con desprenderse de sus posesiones para huir de la bruja del cuento de hadas, ese no es su estilo. “Creo que lo que me importa es la gente, pero dedico mi tiempo a escribir y mi dinero a esta casa”.

Tal vez no sea una confesión tan terrible, siempre que el consumo se desvíe hacia un bien mayor. Las clases medias, con sus pinturas luminosas y sus bolsas de tela, viven en un desfile de moda con tanta seguridad como los nobles medievales vestían túnicas de armiño. Pero tiran del capitalismo hacia un funcionamiento sostenible. Esperemos que cambie lo suficientemente rápido.